



NÚM. 99







## REFLEXIÓN

Entre la virtud y el vicio  
sé que vacilas, Mercedes;  
y puesto que eres un ángel  
y una víctima inocente  
cuyos encantos me inspiran  
cariño y piedad, porque eres  
*una rosa en la miseria,*  
no he de ser indiferente  
á esa sugestión tirana  
y asquerosa que te muerde.  
Si aún conservas la pureza;  
si aún tu virtud se defiende  
para que no la marchiten  
los apetitos soeces  
ó el beso de la lascivia,  
rechaza la vida alegre,  
que en la pendiente del vicio  
es difícil detenerse,  
¡y el desenlace es más triste  
de lo que á ti te parece!

EUSTAQUIO CABEZÓN

Orla de R. Costa.

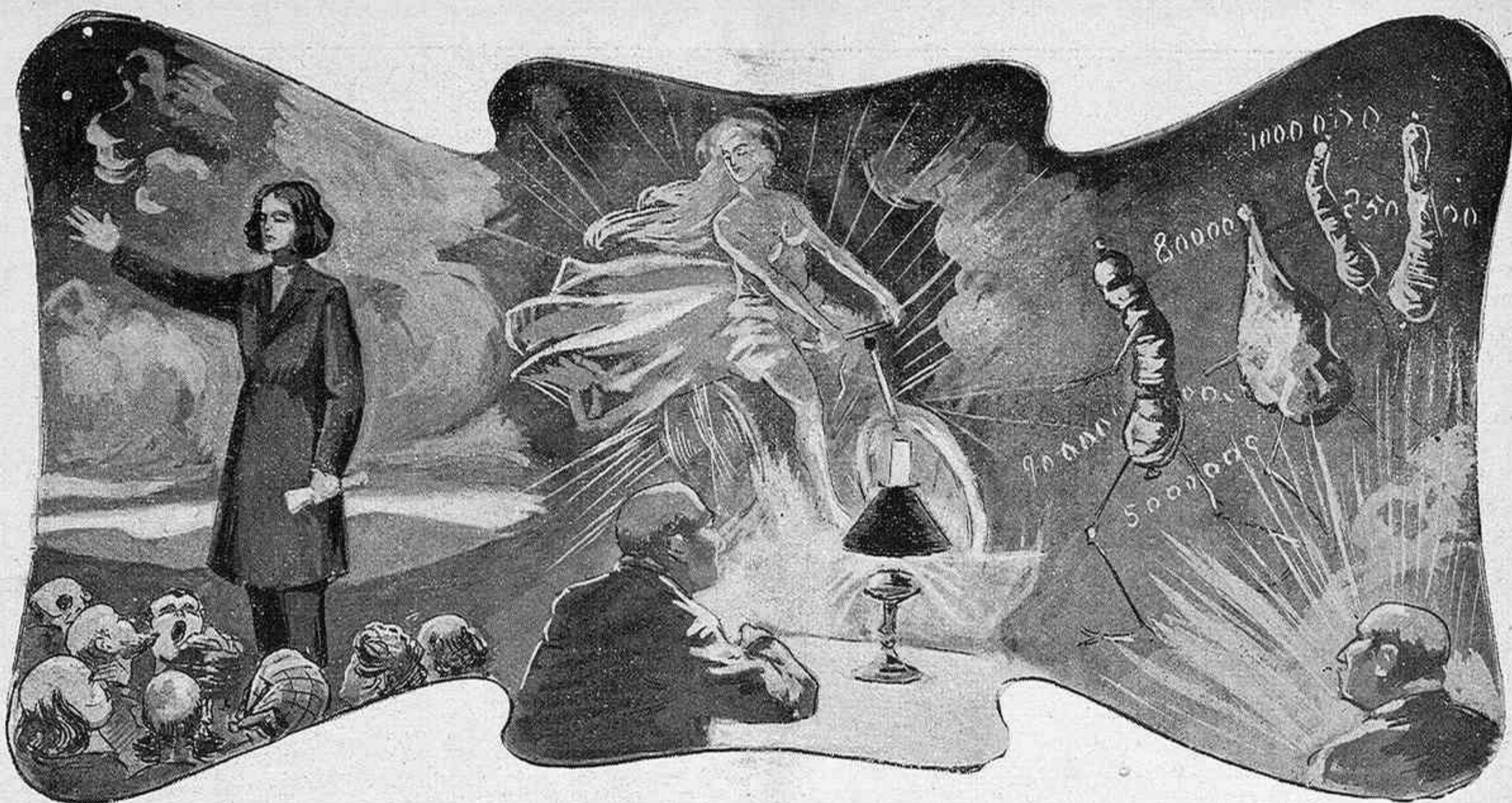




Dibujo al lápiz, por G. ITURMENDI.







## SEAMOS QUIENES SOMOS

ERA Lutgardo el más alabado poeta de una gran capital. Los lectores de libros y periódicos se extasiaban leyendo sus composiciones; las damas guardaban gozosas en sus *albums* los rimados pensamientos del vate; en los banquetes de bodas recitábanse sus epitalamios y nadie quería morir si antes no se le garantizaba que al procederse á su sepelio se recitaría ante el cadáver yerto una oda fúnebre compuesta en loor al difunto por el poeta de moda.

Lutgardo, cuando comenzó su popularidad, sintióse orgulloso y, según la costumbre, llevó el cabello largo, como un cosaco; después, familiarizado con su fama, se lo dejó á media melena; más tarde se le dió un comino de su nombre, y se lo cortó al rape, como cualquier otro. Por último los editores le tomaron tanto el pelo que se quedó calvo. Porque, como otros muchos, comenzó á escribir, siendo muy joven, con el afán de hacerse célebre; siguió después escribiendo con la idea de ganar dinero y llegó á los cincuenta sin metal y sin ilusiones.

En aquella capital no se enriquecían los hombres por la grandeza de su cerebro. Eran los editores sin cerebro los que se fincaban con el producto del de los otros.

Así es que Lutgardo, con medio siglo sobre sus espaldas, pasábase las noches en claro meditando ideas que brotaran de su pluma versificadas y convertidas en oro de ley. Pero... no brotaban.

Y con la cabeza entre las manos y los codos sobre la mesa y la vista fija en la vidriera de su ventana, horas enteras miraba la tienda de comestibles de enfrente. Allí, allí se producía el oro. ¡Qué mina la tal tienda! Habíala inaugurado Juan, su condiscípulo de primeras letras, el mismo día que Lutgardo publicó su primer soneto, y el éxito de conservas, quesos, mantecas y demás, corría parejas con el de romances, madrigales y endechas. Lutgardo amontonaba gloria; Juan dinero.

Fijo el poeta en su monomanía llegó á descuidar del todo sus obras y sólo se cuidaba de mirar á la tienda, atormentado por el continuo ruido metálico que en ella se producía. Una noche, cuando se cerró y fueron apagadas sus luces, Lutgardo, allá sobre el fondo negro de la puerta, creyó ver proyectándose entre tinieblas, desfilando en procesión sobre aquélla, todo cuanto en su techo se colgaba. Salchichones de

varias naciones, apretando en su piel carnes de distintos animales; lenguas á la escarlata, ó con escarlantina, pintada á mano como el rostro de las coquetas; jamones sanos, por estar perfectamente curados; chorizos, embuchados, longanizas... todo, todo ello andaba como las personas, y en cada uno de estos embutidos, y en cada jamón, se leían cifras seguidas de ceros. ¡Qué delicioso cinematógrafo animado!

En esto dieron doce campanadas en el reloj de una iglesia próxima.

—¡Media noche! — profirió el poeta. — La hora en que las brujas van al Aquelarre .. ¡La hora de las apariciones infernales!

Embrollóse su imaginación; se levantó de su asiento, tan conmovido como el doctor Fausto al habérselas por vez primera con Mefistófeles, y gritó:

—¡Sí, Satanás, ven! Soy tuyo de cabo á rabo. Me vendo, pero carito. Por el total de los números que acabo de ver. ¡Hay quien dé más?

Una nube de humo inundó entonces súbitamente la estancia. Aquel humo no olía á azufre sino á esencias caras, y S. M. cornuda no apareció por entre él. En su lugar presentóse una real moza tan aligerada de ropas como las tiples del género chico, cabalgando sobre una bicicleta de oro cuyas ruedas, aunque paradas, no cesaban de voltear. Saludó y dijo:

—Hola, Lutgardo. Me alegro de verte bueno. Yo, aunque mal me está decirlo, soy la Fortuna. Satán hace ya varios siglos que no compra almas. Por ahí, por esos mundos imaginarios, ya nadie compra nada. Sólo yo he comprado esta máquina, porque la rueda que antaño me conducía estaba tan deteriorada como las teorías que subistentáis los versificadores.

—¡La Fortuna en bicicleta! ¡Oh modernismo, que hasta haces mella en lo ideal!

—¡Anda! Pues también voy á dejarla por anticuada. Pienso tomar un automóvil. Conque, al grano. ¿Querías algo?

—Señora... quiero ser rico, millonario, y hasta... tendero de comestibles.

—Serás todo eso; entre otras razones porque eres el único de tu oficio que me habla de ese modo.

Y apretó los pedales y desapareció.

\*\*\*  
Por arte de encantamiento, Lutgardo se halló al siguiente día trocado en otro y en país distinto al en



que antes viviera, en el cual, cosa rara, era muy conocido como antiguo tendero de comestibles. De flacucho y espiritual que antes fuera metamorfoseóse en obeso y vulgarote. Sobre su gruesa barriga lucía una tan grande cadena de oro macizo que más que para adorno de chaleco parecía construída para sujección de un preso, pues algunos ricos ordinarios, como ciertos encarcelados extraordinarios, suelen estar siempre sujetos á cadenas grandes.

Los cajones del bien surtido establecimiento rebosaban continuamente monedas y billetes.

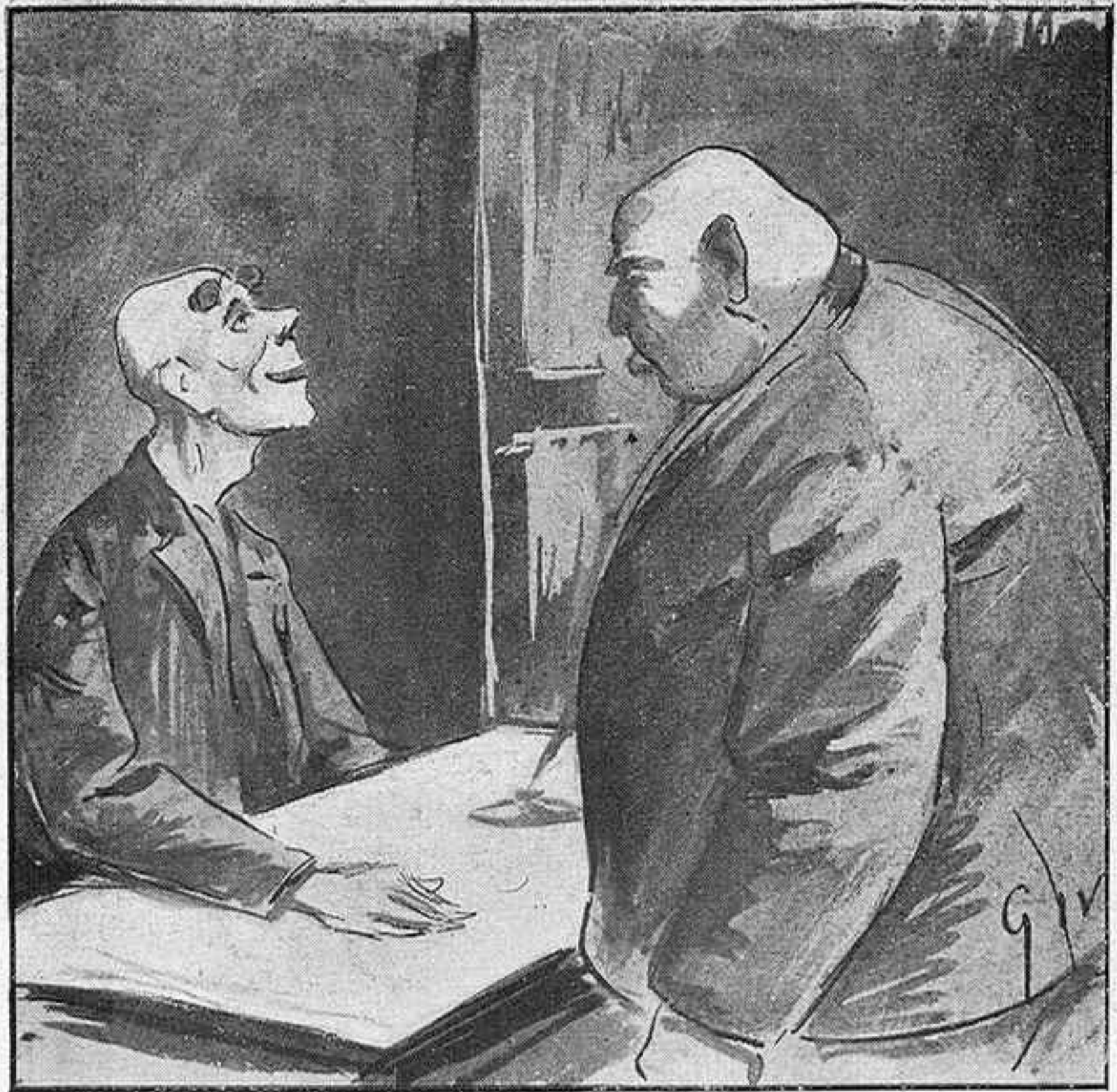
Lutgardo era accionista de muchas sociedades de crédito, poseía fincas y, por supuesto, jamás se daba, ni remotamente, cuenta de su anterior existencia. Poseía cuanto poseer se puede; pero se aburría mucho.

—¿Qué he hecho yo de notable en el mundo, á pesar de mis millones? — se preguntaba. — ¿Me he distinguido en algo, aparte de la sofisticación de los géneros que vendo? Y aun este mérito véome precisado á ocultarlo, por mor de mis intereses. Hay seres que jamás llegan á ricos y, no obstante, son más dichosos que yo y admirados por todos. Ni el consuelo de la lectura tengo, porque... apenas si sé leer.

¡Infeliz de mí! Moriré sin legar á la posteridad otra cosa que dinero. Otros, en cambio, pobres como Job, dejarán á su muerte los productos de su ingenio... Sin ir más lejos, ese memorialista de enfrente, ese viejo pobrete, más miserable que las ratas, escribe unas cartas á las domésticas... Algunas de ellas en versos que caen divinamente. ¡Ay! ¡quién supiera hacer versos, aunque fuese memorialista!

Un día no pudo ya contenerse y se encaminó al chirivital donde el vejete á quien envidiaba, resguardado del aire por un biombo construído por unas tablas agujereadas, componía unas estrofas encargadas por una cocinera.

—¡Caramba! ¡Cuánto bueno por este palacio! — exclamó el visitado alzándose los anteojos y mostrando unos manguitos remendados. — ¿Tal vez venga usted á encargarme que cante las bellezas de los ojos del queso de Gruyère ó las redondeces y sanos colores del de bola?

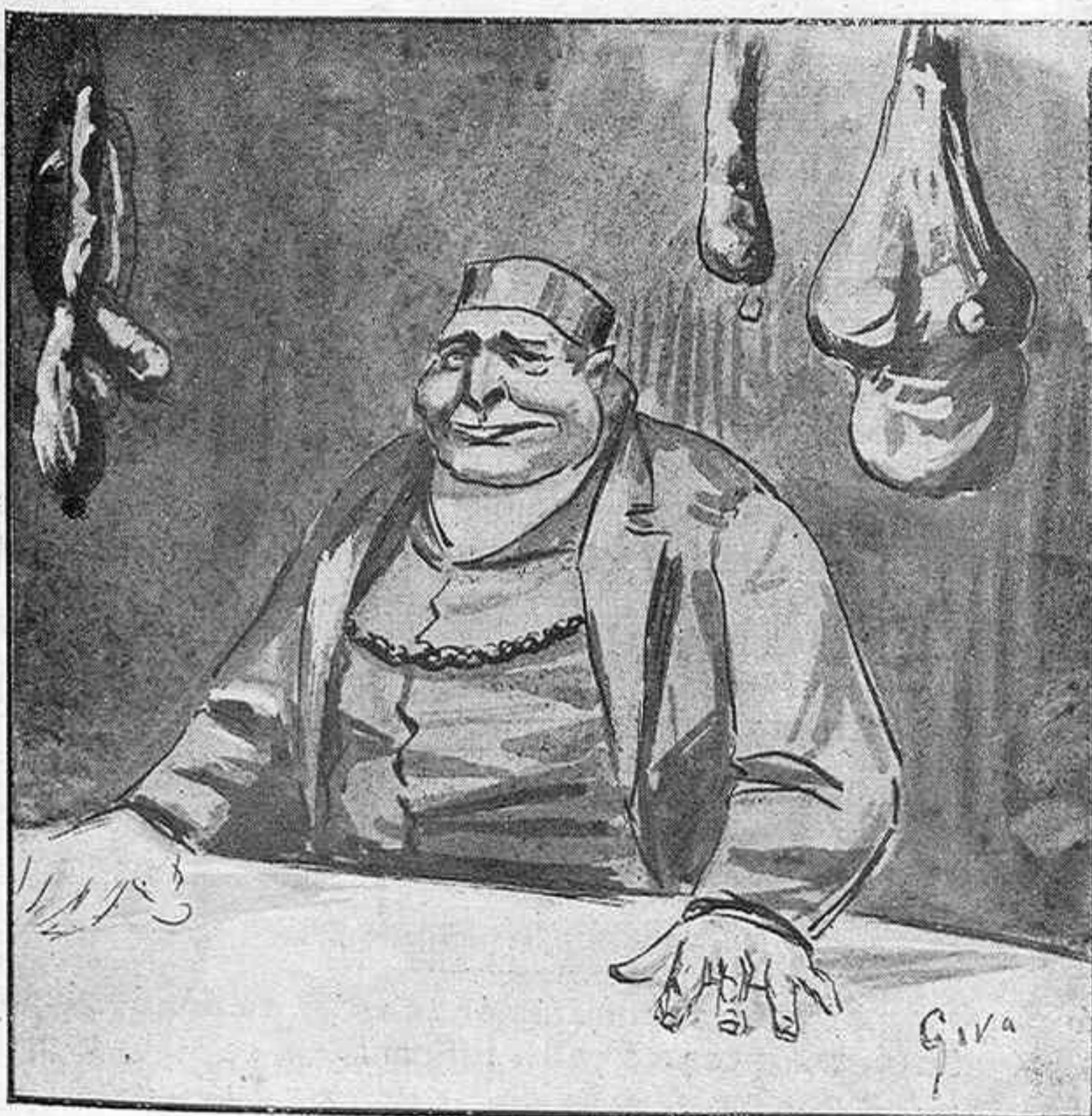


—Otro es mi deseo. Quisiera que me enseñase usted á hacer esos versos que *suenan* en mi oído mejor que las monedas de oro. Como Esaú vendió á Jacob su primogenitura por un puñado de lentejas, yo le cedo á usted todas las lentejas de mi tienda, con lo demás que hay en ella, porque me enseñe á ser poeta.

—¡Tate! Hasta sonetos de pie quebrado le enseñaría yo á hacer á su señoría; pero... me huelo que recurrimos tarde. Eso se aprende, cuando no sale de dentro, mucho tiempo antes, si es que se aprende. Porque el poeta, señor mío, como decía mi abuela, nace, pero no se hace. Usted va ya siendo viejo, y, con perdón, le creo duro de meollo, por lo que mucho me temo que allá para sus adentros no sienta la quemazón del fuego sacro que se necesita para aprender eso...

—¿Es decir, que no aprenderé?

—Ni esto (se mordió una uña sucia de tinta). La estrella de usted le ha relegado á ser perpetuamente tendero de comestibles.



Lutgardo no volvió á su tienda. Desde el <sup>\*\*\*</sup>balcón de su lujoso dormitorio veía siempre al antiguo memorialista ríe que te ríe y escribe que te escribirás, y envidiaba su suerte, entre suspiro y suspiro.

Algunas veces, allá muy lejos, vió pasar á la Fortuna, no ya sobre bicicleta ni aun sobre automóvil, sino patinando sobre los alambres del telégrafo, y la llamó, sin que consiguiera dejarse oír, por la velocidad con que corría. Después ya no la vió y sólo supo de ella que atravesaba el mundo arrebujada en las ondas sonoras del telégrafo sin hilos, con más velocidad que el rayo, por cuanto se hacía invisible, y que rarísimas veces se paraba á descansar en algún sitio.

Y el mísero Lutgardo apareció muerto una mañana. El hastío producido por su dinero y la envidia que sentía por el memorialista habíanle asesinado.

Quizás, á seguir siendo poeta, también la envidia y el hastío hubieran dado fin de él, recordando al tendero de comestibles.

Conque conformémonos con ser cada cual lo que somos, buscando la dicha en nuestra propia profesión...

Y ande el movimiento.

JULIO VÍCTOR TOMEY





## LA MÁRTIR ANÓNIMA

(CUENTO)

La marcha ordinaria de la vida se turba de vez en cuando por sucesos que llaman poderosamente nuestra atención: un crimen, un divorcio, por ejemplo. Los protagonistas de tales sucesos no me interesan. Un acreedor que no puede comer porque su deudor no le paga, sufre mucho; pero si un día el acreedor asesina al deudor, goza de un placer momentáneo; pero ¡qué grande y qué entero debe de ser! La mujer que se divorcia de su marido en virtud de una causa justa, cobra con creces lo que su marido la debía.

Mas el ofendido no siempre se venga. Se lo impide la educación, y el temperamento. Sufre y se desespera en silencio, porque la sociedad así se lo manda. ¡Qué simpáticas me son esas mártires y entre ellos, la mujer por su debilidad.

Hay detalles en la vida de la mujer mártir, que me ponen furioso.

Y ahora empieza el cuento.

\* \* \*

La escena representa un despacho de administración de loterías. Mirad por donde queráis y no veréis más que billetes colgados simétricamente. Son los números del primer sorteo que ha de celebrarse. A fuerza de verlos, he adquirido la costumbre de mirarlos con indiferencia.

Detrás del mostrador está la lotera, una mujer que pasa ya de los treinta. Con frecuencia he advertido que algunos individuos pretextando escoger un décimo, miran con el rabillo del ojo á la expendedora. Realmente es muy hermosa. Esta habla, en el momento en que yo entro en la administración, con la criada de madame Carlota Jaume.

*La criada.*—Me marcho que ya me esperará madam.

*La lotera.*—Buenas tardes, y muchos recuerdos.

*Yo.*—Y bien, señora, ¿cómo va la venta?

*La lotera.*—Como siempre.

*Yo.*—¿Y su marido?

*La lotera.*—¡Mi marido! ¿Quién sabe dónde está mi marido? No dice nunca á dónde va ni de dónde viene. Le aseguro á usted que si no estuviera yo aquí, adiós negocio, iríamos ya á pedir limosna.

*Yo.*—¿Tanto?



La lotera.—Sí, tanto. Y si sólo fuera gastar dinero...

Yo.—¡Qué lástima!

La lotera.—¿Ha visto usted esa criada que se ha marchado? es la de madame Carlota Jaune, una mujer que tiene mucho talento. Todos los años va á París, hace ella sus compras y hace un negocio bárbaro. Es la modista que viste á la aristocracia de aquí. Ah, y no sabe usted lo mejor; plantó á su marido, se divorció.

Yo.—¡Vaya una mujer enérgica!

La lotera.—Sí, señor, sí. Y si yo no tuviera hijos también lo haría... es decir, si me encontrara en un caso...

(Yo sonreí fijándome en la rectificación de mi bella interlocutora).

Yo.—Vamos...

La lotera.—Pero no quiero que mis hijos digan más tarde...

Yo.—Comprendo, comprendo. Debe de ser una vida! muy triste, tener que reprimir siempre las lágrimas.

La lotera.—Ya lo creo. Hay veces que una quisiera morir. Usted no sabe lo que es el golpear continuo de la pena. Siempre la herida abierta. Llega un tiempo en que está casi cicatrizada. Descansa usted, y otro golpe vuelve á abrirla. ¡Dios mío, qué triste es! — Y al decir estas palabras, se le desbordaron las lágrimas. Yo la miré con el corazón oprimido. Al notar lo ella, sacó el pañuelo y se secó los ojos, como avergonzándose de haber llorado.

¡Oh, mujer encantadora! Yo te contemplo, sin ver más que esas lágrimas, porque ellas me hablan de algo muy triste, inevitable y eterno; me hablan de ese dolor que sufren los débiles, los que no pueden defenderse, porque á ello se oponen la educación y el temperamento: dos fuerzas que te aplastan.

¡Oh mujer adorable! Lástima que yo no pueda ayudarte. No puedo más que llorar contigo y en secreto aún, porque en público te avergonzarías. Mas cuando las lágrimas acudan á tus ojos, no las enjugues. ¡Así sabrá el hombre cómo lloran las mártires!

F. J.  
GIRALDOS  
ALBESA



Ilustraciones de P. BÉJAR.

## PENSAMIENTOS

Si quieres que el Cielo premie tus virtudes y bondades, jamás al pobre le digas: «hermano, que Dios le ampare».

Es este mundo, amalgama de perversos y de locos, con las penas de los unos viven felices los otros.

Los pobres creen en Dios, los ricos, uno por ciento; prefiero ser siempre pobre que ser rico y ser ateo.

JOAQUÍN NIU Y TUDÓ



## EN EL MAR

Ciñe al Oriente cinturón de oro  
el sol que avanza al horizonte abierto;  
y á la indecisa luz, el mar despierto  
fluye y se agita con vaivén sonoro.  
Del oleaje el incesante coro  
llena el movable, líquido desierto,  
y en el sagrado y matinal concierto  
finge murmullos de lejano lloro.  
Antes que el astro en su veloz carrera  
se alce radiante en la azulada esfera,  
tíñe de rojo la cintura gualda;  
y el mar, que le acaricia desde Oriente,  
al asomar su cabellera ardiente,  
fulgura con destellos de esmeralda.

Fingiendo pliegues de azulado raso,  
ya díscolo al reflujo se doblega  
el mar, que en línea horizontal segrega  
al disco que se pierde en el ocaso.  
Cuando de luz y de calor escaso  
ya sus dominios á la noche entrega,  
sobre el inquieto mar, que no sosiega,  
la luna va subiendo paso á paso.  
Tiembla la móvil extensión obscura,  
donde irradiá mística blancura  
en argentinios rayos deslumbrantes;  
le arranca vivo resplandor de fragua,  
y figura rielando sobre el agua  
una estela de fúlgidos diamantes.

M. MILLÁN Y VÁZQUEZ



No sentísteis nunca deseos de llevar á cabo una mala acción?

Todos, tal por una cosa, cuál por otra, habríamos sido tentados por el demonio más de una vez; pero es el caso que á la pregunta que antecede siguió prolongado silencio.

—Y después—continuó, seguro de que le escuchábamos,—cuando estábais á punto de consumir el acto ruin ¿no tuvísteis deseos de llamar á voces á la policía para que os prendiera por infames?

—Creo que lo que dice usted no tiene razón de ser. Al faltar, lo único que procura el hombre es ocultarse de la mejor manera posible.

El que tal afirmaba era un muchacho delgadito, pálido, rubio, de modales cursis y afeminados, y lo afirmaba con voz fina y antipática.

A punto fijo no se sabe quién lo presentó. Debió de entrar allí, en aquel café, por casualidad, *ingresando* en nuestra *peña* sin que nadie lo llamara. Ignorábamos todos su nombre, y de él no supimos nunca otra cosa sino que hacía versos *por entretenerse*, según su expresión.

Santurjo, que era el que nos había interrogado, hombre simpático, de facciones irregulares, pero de esa irregularidad particular llena de energía que hace pensar en una hermosura nada común; miró con aire de compasión al rubito, cambió con nosotros significativo gesto y habló de la siguiente manera:

—Por aquel entonces era yo redactor del diario (no

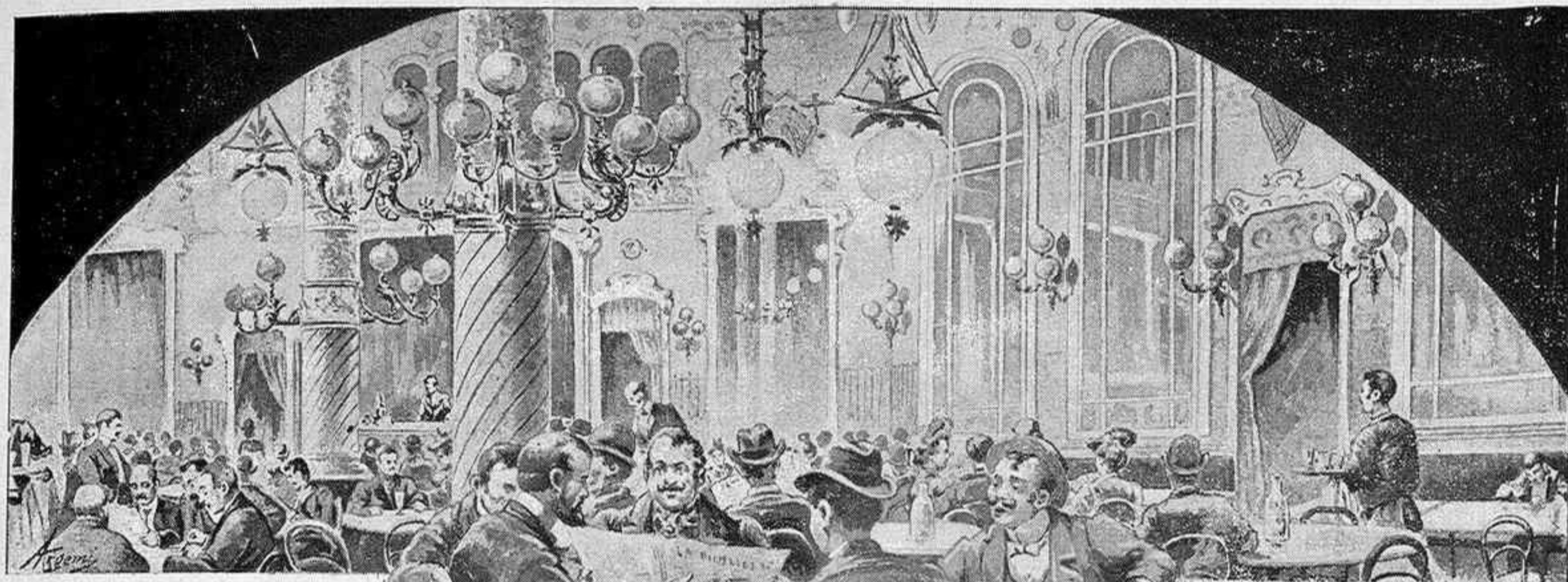
importa el nombre) y estaba en los comienzos de mi vida literaria. Atravesaba, pues, esa época que tan conocida es de vosotros, en que todo se vuelve contradicciones, y en que, gracias á las mil ilusiones que llenan el alma, se vive, pasando hambre muchas veces, porque se tienen asignados ocho duros de *sueldo* al mes, dinero que no cobra nadie con puntualidad, á pesar de que para ganarlo han de pasarse treinta noches haciendo sueltos, revistas y algún que otro artículo, hasta llenar dos ó tres columnas del periódico, que tiene que salir antes que el sol, irremisiblemente.

La publicación *iba* bien, era popular y con ella ganaba dinero el propietario; pero acostumbrado como estaba á que le hiciésemos el periódico casi de balde, había que reñir ruda batalla para sacarle una peseta, y las más de las veces nos quedábamos sin ella.

En infinidad de ocasiones me había encontrado apuradillo, hasta el punto de estar «con el agua hasta el cuello», era para mí la cosa más natural del mundo; pero peor que todo era lo que á mí me ocurría: había pasado algunos meses sin pagar al casero y sostenía mi apurada situación con promesas jamás cumplidas, aunque no por falta de deseo. El hombre se cansó de esperar y de pedir, y un día, con la mayor finura vino á decirme que nos plantaría en la calle de no pagarle, ya que no todo, parte de lo que le adeudaba.

De ser yo solo, me hubiera, hecho reír la exigencia





y la amenaza; todo se reducía á recibir una dulce caricia de la sociedad, pero vivían conmigo mi madre y mis hermanas y á ellas les tocaría sufrir más de lo que habían sufrido ya, y esto me irritaba sobremanera.

Decidí multiplicarme; buscar por todas partes nuevo trabajo; pedir al propietario aumento de sueldo y, ya que no aumento, por lo menos un anticipo de tres ó cuatro meses... El caso era salir del apuro; ganar unos días, y después... ¿Necesitamos nosotros, por ventura, saber lo que vendrá después? Ya nos representarán el drama que tenemos muerto de risa en la maleta, ó encontraremos editor, y entonces ¡cualquiera puede compararse con nosotros! Di muchas vueltas, sin lograr otra cosa que cansarme inútilmente: el propietario me dijo que no le era posible anticiparme una peseta, porque como todos los redactores nos encontrábamos en idéntico caso no quería hacer distinciones, ni sembrar la inmoralidad (!). . El nos apreciaba muy de veras á todos, y...

Fuí á la redacción aquella noche, por hábito, y más que por hábito, por encontrar compañeros con quienes hablar; por emborracharme de ideas, ya que no podía hacerlo de aguardiente, y olvidar por un momento casa, casero y hasta familia. Trabajé con esa disciplina que se trabaja cuando se tiene la cabeza llena de miserias, el estómago vacío, un humor de mil diablos y la seguridad de que el trabajo que hacemos no nos salvará del conflicto que nos amenaza. En cuanto á hablar, eso sí, hablamos de todo y hasta creo que hubo ratos de verdadera risa.

—Si no me dáis un cigarro me parece que este artículo no sale—gritaba uno.

—Ese ya se está ensayando,—decía otro.

—¿Para qué?

—Para pedir limosna cuando salga de la redacción. ¡Tendrá que oír! Caballero, si me da usted para una cajetilla, le prometo hacer un artículo pidiendo la caída del gobierno.

—Sí, pero puede dar con un ministerial y se cae.

Y conforme íbamos terminando nuestro trabajo, animábase la conversación tomando giros diversos. Entusiasmado estaba yo hablando de no me acuerdo

qué punto de arte, cuando el ordenanza vino á decirme que me esperaba un caballero. Al entrar en la sala, después de ceremonioso saludo,

me entregó una tarjeta de un mi amigo que me recomendaba *muy especialmente* al sujeto en cuestión.

Era éste, hombre obeso, bajo de cuerpo y de alma, pelos recios que le tapaban la frente, ojos pequeños, nariz gruesa, siendo en conjunto la cara la más cínica que había visto en mi vida, y al preguntarle lo que deseaba, con grosería sin límites, tras un sonoro «hablemos claro» me propuso que hiciera unos artículos hablando de cierta cuestión que á él le interesaba mucho. Con *aquello* se perjudicaría á un infeliz, pero, en cambio, él ganaría bastante dinero y, como era consiguiente, también tendría yo mi parte. Esto diciendo, para que no dudara de la bondad de sus intenciones me dió cien pesetas. Tal fué mi indignación que tuve ideas de abofetear á aquel hombre grosero, y mal lo hubiera pasado el cínico á no acordarme de la precaria situación en que me encontraba y de la vergüenza de mi familia si al otro día nos echaban á la calle por tramposos. No sé lo que prometí, ni lo que dije; tal era mi aturdimiento. El hombre salió de la sala apretándome afectuosamente la mano y sonriendo satisfecho, como el que ha conseguido por poca cosa difícil triunfo. Luego, cuando me quedé solo... no sé decir lo que pasó por mi interior, sé únicamente que me entraron ganas de gritar á todo pulmón:

—¡Madre! ¡Madre mía! ¡Ven! ¡Ampárame! ¡Quiéren prostituirme!

—¿Y escribistes los artículos?

—No, no señor, no. ¿Qué los había de escribir? Primero hubiese roto mi pluma para siempre.

—¿Y el dinero?

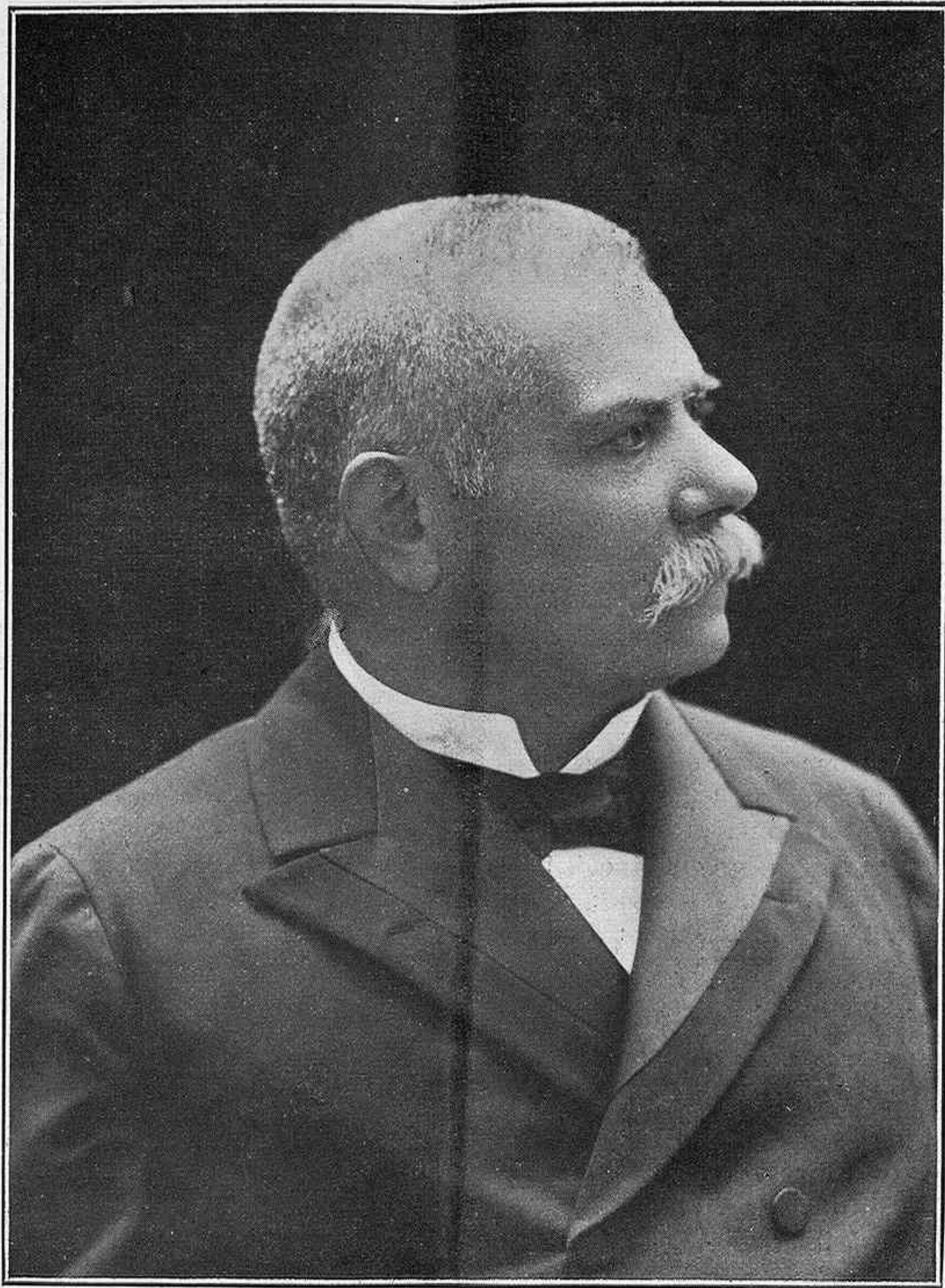
—Calculé que era mejor emplearlo en salir de mis apuros. Yo no necesitaba comprar voluntades; mi fin era más honrado que el suyo.

—Por supuesto,—terminó diciendo,—el hombre aquél no volvió por su billete.

RAFAEL RUÍZ LÓPEZ

Ilustraciones de TOMÁS ARGEMÍ.





*Fot. de Napoleón.*

## RAMÓN MIRALLES Y VILLALTA

Pocos hombres existen en Cataluña que gocen de mayores simpatías que las conquistadas por Ramón Miralles.

Su historia es brillante; brillante, porque es la historia del hombre honrado que ama el trabajo y que por su propio esfuerzo conquista una hermosa posición social y un capital considerable. ¡Legítimo orgullo es éste, por ser empresa que no todos son capaces de realizar!

Nada debe al favoritismo ni á la influencia política, dos grandes males que padece la sociedad actual.

Preguntad á los vecinos de Sarriá por su alcalde; el nombre de don Ramón Miralles saldrá de sus labios entre alabanzas y elogios. Decid á cuantos conocen su vida laboriosa y honrada, si son ciertas de toda certeza las afirmaciones que aquí consignamos; ellos os contestarán que aún no le hacemos toda la justicia que él merece.

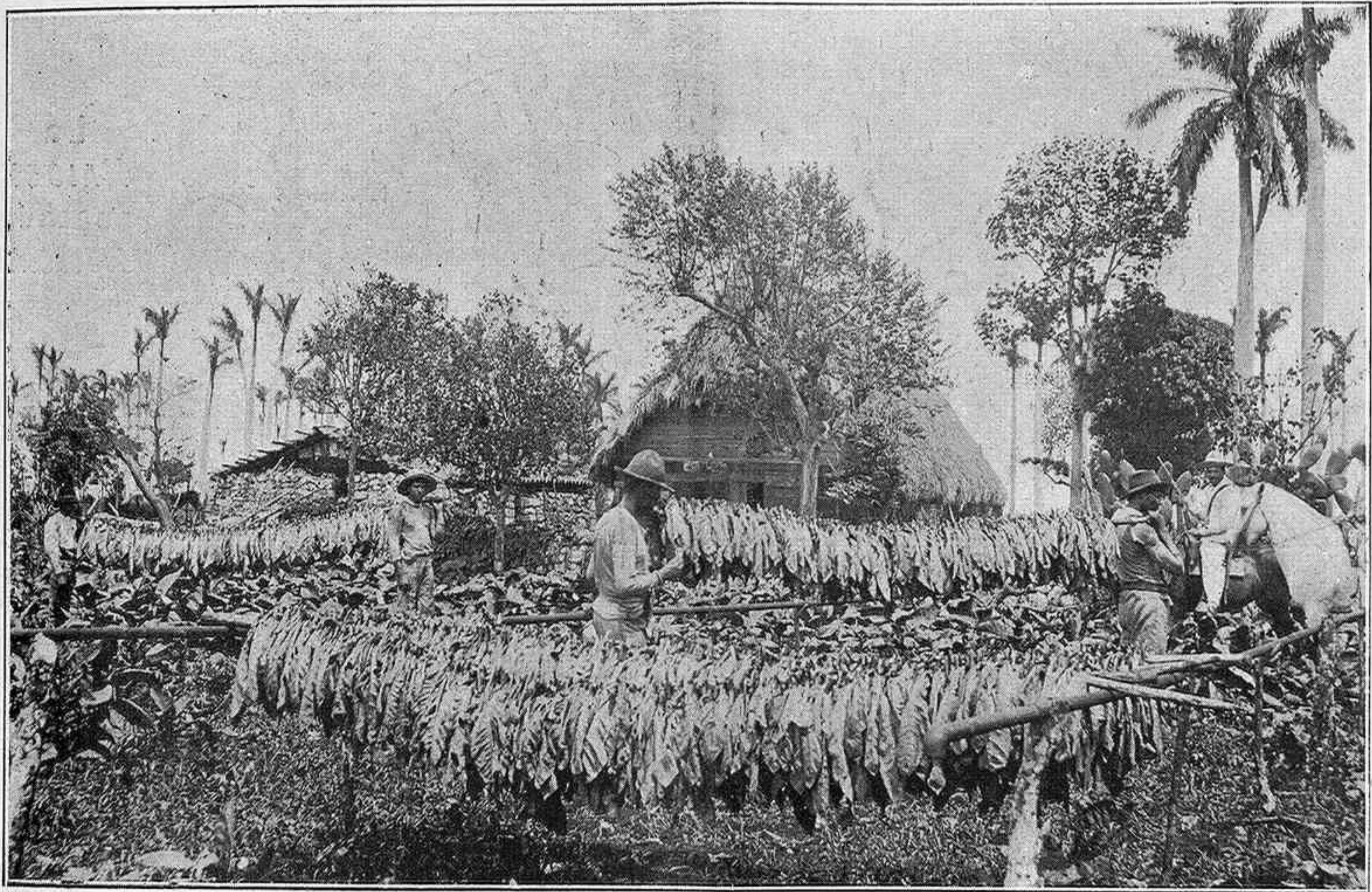
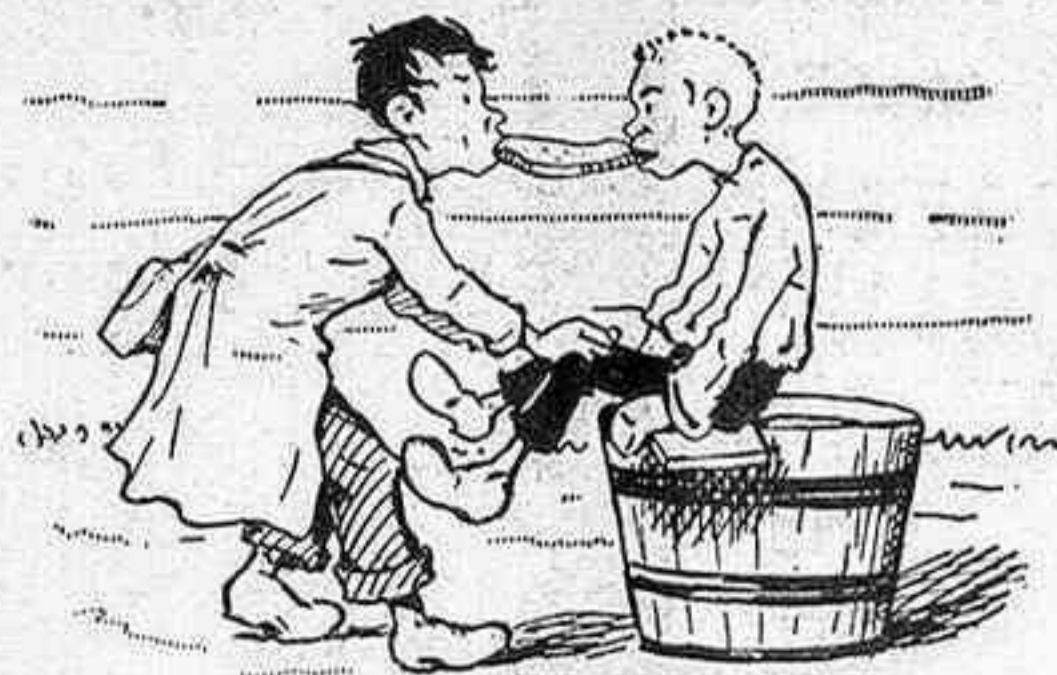
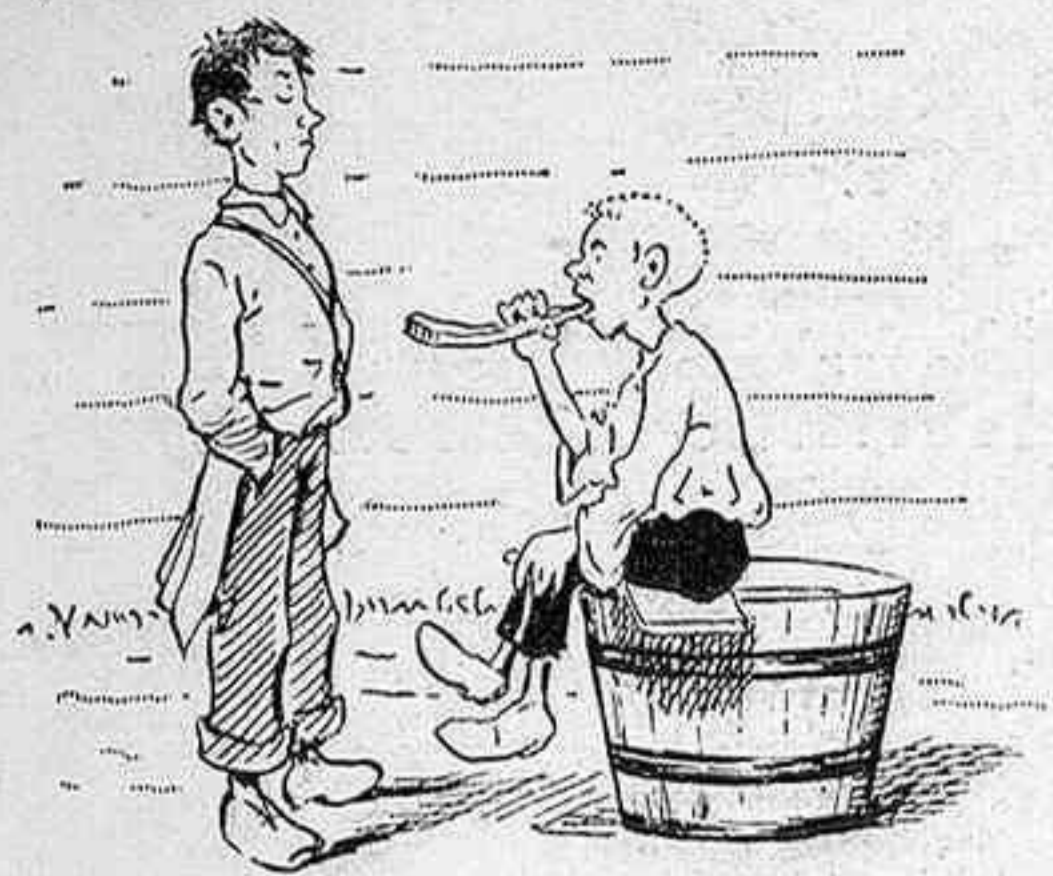
Es razón que la gratitud haya nacido en todos los pechos de sus conciudadanos, porque durante el tiempo que lleva al frente del Municipio, y ya va para muchos años, ha emprendido reformas importantísimas y mejoras que reclamaban la higiene y el ornato público.

Ultimamente, ha renunciado, con carácter de irrevocable, su cargo, sin duda para buscar en el descanso una compensación á las fatigas y desvelos que le ocasionaba; llevando á su voluntario retiro la íntima satisfacción de dejar floreciente el pueblo cuyo hijo predilecto es, y ¡caso raro! libre de toda deuda el erario municipal.

No le faltarán sucesores, y sucesores dignos, si, inspirándose en tan ejemplar modelo, siguen el derrotero que él les ha marcado; pero, por buenos y probos que éstos resulten, la personalidad más prestigiosa de Sarriá, mientras el cielo guarde su preciosa existencia, será siempre Ramón Miralles.

(Extractado del *Album Salón*).





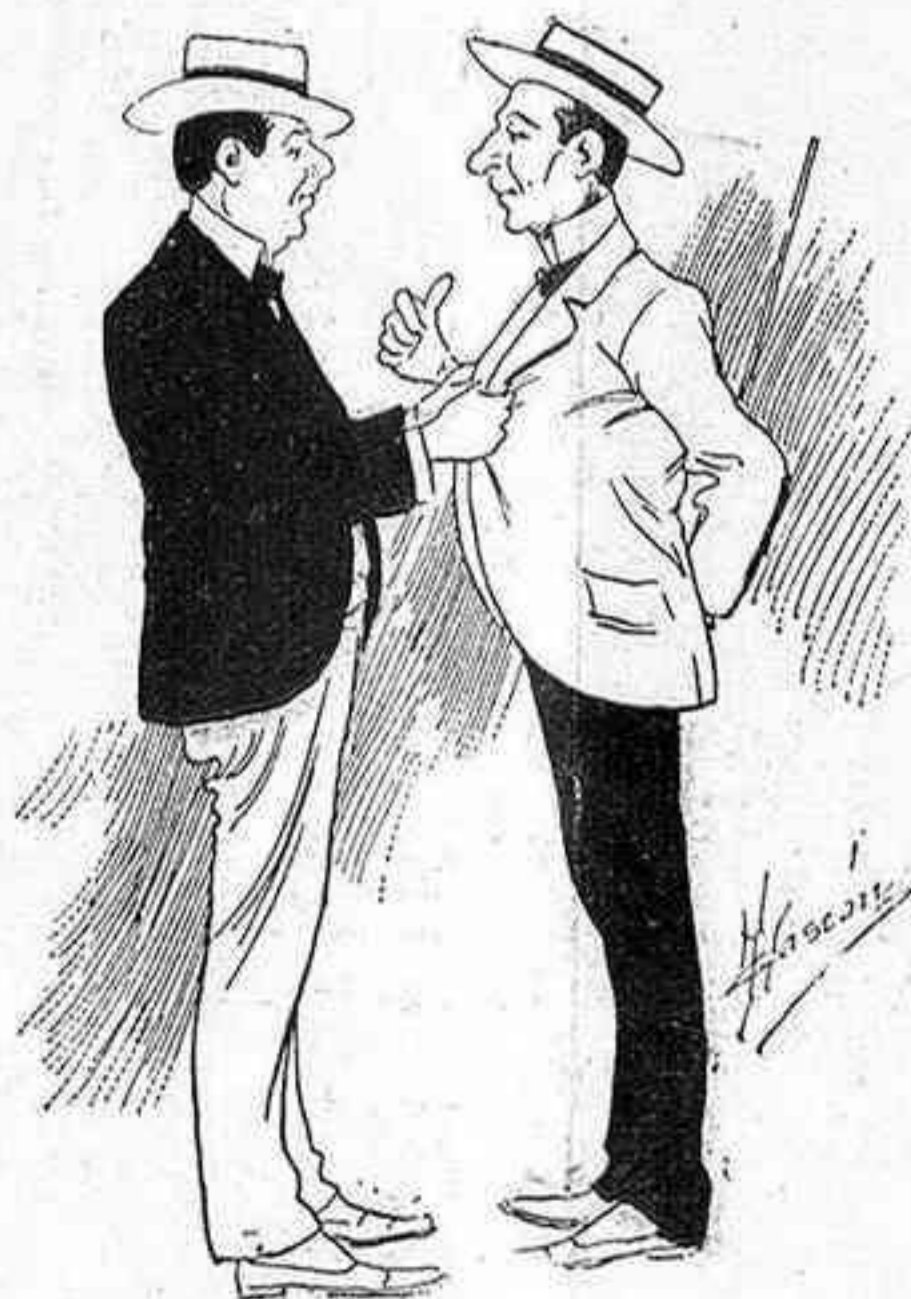
Conducción de cujes de tabaco para el secadero (Habana).

Fot. de R. Corral y Martínez.

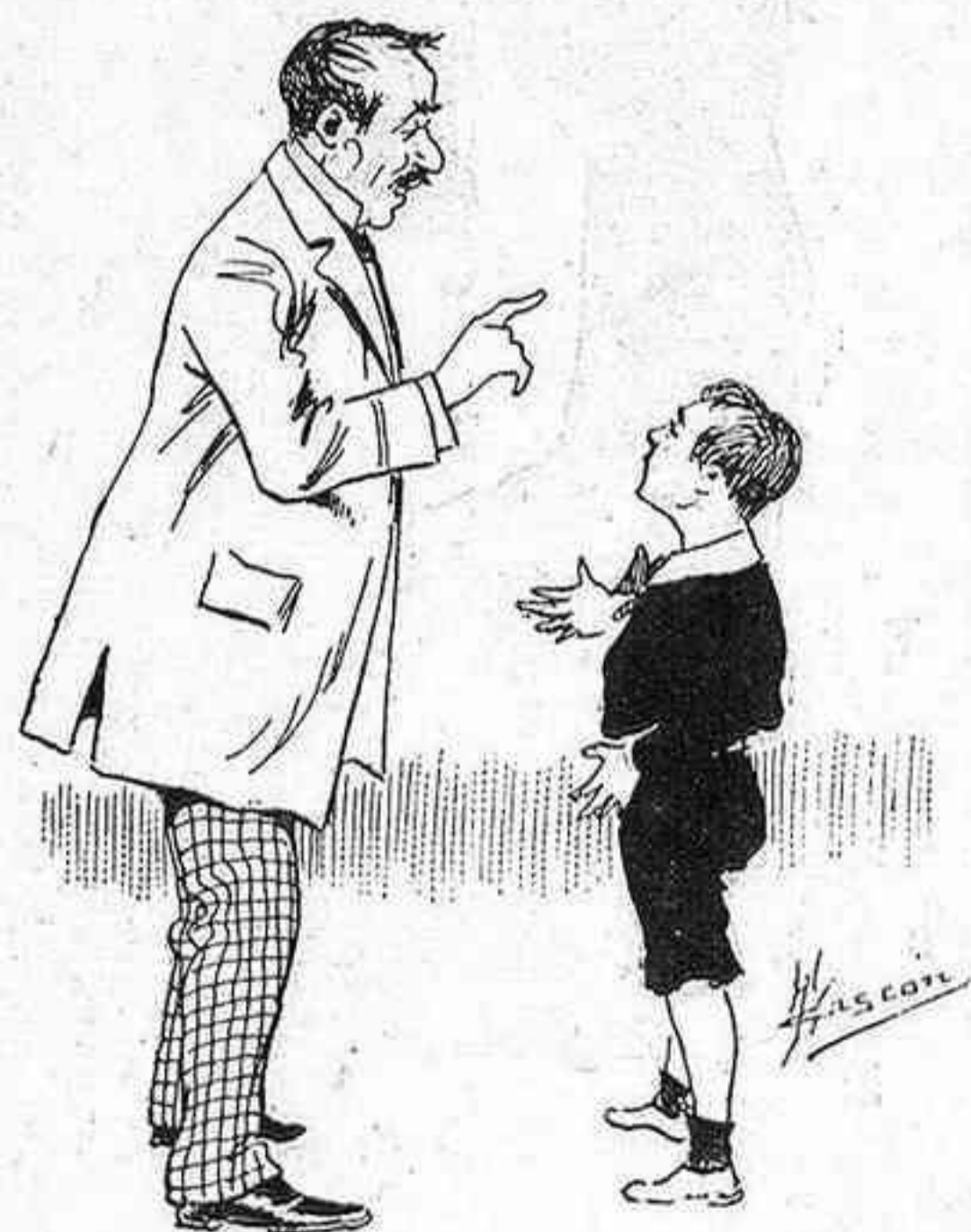
MISCELÁNEA; por T. GASCÓN.



—Ya sabes que estoy muerto por ti.  
—Sí; muerto y en terrado.



—¿A dónde vas?  
—A casa del autor del drama que estamos ensayando á preguntarle á qué reinado pertenece.  
—¿Qué papel haces en él?  
—El de Francisco I.



—Di, papá. ¿Debe decirse, la abuelita me carga ó la abuelita me fastidia?  
—«Me carga» refleja mejor el pensamiento, pero «me fastidia» es más respetuoso.



CARTELES ARTÍSTICOS

HABILLEZ - VOUS

À LA FABRIQUE NATIONALE DE VÊTEMENTS pour HOMMES & ENFANTS

AUX ÉCONOMES

Vente  
EN DETAIL  
au Prix  
DE GROS

Coin des Rues Léopold et de la Cité

LIÈGE

La  
MAISON  
n'a pas de  
SUCCURSALE



- Quelle élégance, mon cher, quel chic!!!
- Fais comme moi, fournis toi "AUX ÉCONOMES", c'est là tout le secret de mon élégance, qui est, tu peux le croire, une élégance à bon marché.

GORDINNE LIÈGE

SERIE 2.<sup>a</sup>

NÚM. 38